

La nación de los sujetos: propuestas para una investigación de los fenómenos nacionales a comienzos de la época contemporánea

Raúl MORENO ALMENDRAL
Universidad de Salamanca

Este trabajo consiste en el desarrollo sistemático de algunas reflexiones sobre teoría, metodología y fuentes surgidas a partir de la elaboración de una historia de los procesos de construcción nacional en Europa occidental durante las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, momento que historiográficamente se ha venido a llamar *era de las revoluciones*, o que ha sido identificado como el periodo fundacional de la época contemporánea. De esta manera, más que ofrecer respuestas cerradas y modelos acabados, pretende llegar a las preguntas adecuadas y explorar la viabilidad de algunos nuevos caminos para el estudio de los factores de nacionalización y de los procesos de construcción nacional en general, aunque siempre situándonos desde la problemática de una investigación en las coordenadas mencionadas. Dichos caminos en puridad ya han sido divisados de manera más o menos clara por algunos de los especialistas más punteros en el estudio de los fenómenos nacionales, muchos de ellos del ámbito hispánico, pero todavía no se han consolidado como una referencia generalizada en los estudios empíricos.

A la vez que esto ocurre en la práctica historiográfica, algunos autores señalan en la dimensión más específicamente teórica que se ha entrado también en un punto muerto¹. Quizás haya llegado el momento de que tras obtener una inmensa masa de estudios concretos, incluyendo sobre el caso español, y haber experimentado importantes renovaciones teóricas en las últimas décadas, podamos aplicar la sempiterna llamada a la relación dialéctica entre categorías analíticas y realidad, de tal forma que se produzca una reorientación de las actitudes y prácticas historiográficas en este tema. La idea en sí no supone ninguna novedad entre la historiografía más puntera, pero el desarrollo de las maneras de llevarla a cabo ya está menos claro, por no hablar de la aplicación efectiva en obras concretas.

Paralelamente, estas reflexiones no sólo pretenden dar cuenta de las insatisfacciones y posibilidades generales a nivel de instrumentos teóricos, tratamientos metodológicos y utilización de fuentes. También se intercalarán, dentro de las limitaciones espaciales, con algunos aspectos más concretos. Es una obviedad que desde hace unos años el peso del siglo XX dentro de los estudios en historia contemporánea se ha vuelto hegemónico. Los estudios sobre el siglo XIX, especialmente los de la primera mitad, centrados en los orígenes de los llamados *nacionalismos de Estado* y alejados del conflicto entre procesos de construcción nacional que mediatiza los siglos XX y XXI en España, parecen haber quedado algo relegados, más allá de los modestos brillos recientes de las conmemoraciones de la Constitución de Cádiz de 1812 y las



Artículo recibido el 25-2-2017 y admitido a publicación el 5-6-2017.

1. Umut ÖZKIRIMLI, *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, Houndmills-Nueva York, 2010, p. 6.

independencias americanas². Además, el debate sobre la tesis de la débil nacionalización, independientemente del agotamiento y problemas que tiene la tesis en sí, ha puesto demasiado el foco sobre algunas preguntas y ha instalado unos presupuestos teóricos y metodológicos (modernismo, centralidad del Estado y de las élites, modelo difusionista, etc.) que deben ser revisados e incluso profundamente reformulados ante su incapacidad operativa en muchos estudios locales³. De esta manera, puede que una vuelta a la consideración de la era de las revoluciones como periodo fundamental para la comprensión de la época contemporánea ayude a entender las claves interpretativas de los propios fenómenos nacionales de los siglos XIX y XX.

Conceptos y perspectivas teóricas

Partimos de la idea de que gran parte de los problemas que surgen en la aplicación de metodologías y la interpretación de fuentes tiene un origen teórico, referido al ámbito de la definición del problema y de los instrumentos conceptuales utilizados para construir el enfoque y abordar el objeto de la investigación. En el caso de los fenómenos nacionales, la masa de literatura dedicada solo a teoría podría dar lugar a áreas de estudio específicas.

El interés se centra aquí en la manera en que esto afecta a los propios estudios históricos y la forma de renovarlos, que en la práctica se concreta en aclarar la base sobre la que se construyen los epígrafes siguientes. Para ello explicitaremos las posiciones de partida, marcadas por una insatisfacción cada vez más compartida sobre algunos aspectos de base en el tratamiento conceptual del fenómeno nacional. Después, propondremos algunas definiciones clave, para acabar con algunas líneas sobre qué es un proceso de construcción nacional y proceso de nacionalización desde la óptica de las naciones con Estado-nación.

En primer lugar, podríamos definir brevemente el problema de partida como que gran parte de la historiografía está impregnada de los mismos horizontes de sentido nacionales cuyo proceso de construcción trata de analizar. Por supuesto, no se trata solo del típico sesgo político que se produce cuando el analista pone su disciplina al servicio de la nación. Hoy en día, los historiadores nacionalistas, salvo en ciertos ámbitos en los

2. Con la consiguiente producción de un número ingente de obras, muchas de las cuales tratan la cuestión nacional desde posiciones demasiado acriticas, autocomplacientes y ajenas a las preocupaciones de la historiografía dedicada a los procesos de construcción nacional, aunque sí ha habido cierto éxito en la difusión de la idea de crisis imperial como desgarramiento de una nación pluricontinental española. Claras excepciones se encuentran en autores como José María Portillo Valdés, Manuel Chust, Manuel Suárez Cortina y en menor medida libros como Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA (coords.), *Inventando la nación: Iberoamérica, siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

3. Véanse los trabajos colectivos de obras como Javier MORENO LUZÓN (ed.), *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007; Mariano ESTEBAN DE VEGA y María Dolores de la CALLE VELASCO (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2010; Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011; Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (eds.), *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Universitat de València, 2012; Pere GABRIEL, Jordi POMÉS y Francisco FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *España Res Publica: nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, 2013; Félix LUENGO y Fernando MOLINA (eds.), *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2016.

que todavía parece legítimo que la historia no analice problemas, sino que defienda causas, han perdido predicamento en la profesión, al menos entre aquellos que se dedican al tema. Tampoco falta la manida muletilla contra el esencialismo sobre el carácter construido de las naciones, pues el nacionalismo metodológico puede ser más sutil⁴. Hablamos de las concepciones casi inconscientes de la nación, las cuales bien podrían formar parte de cualquier análisis de *nacionalismo banal*, presupuestos que la naturalizan en el pensamiento y que eliminan el espacio entre sujeto y objeto. De esta manera, las naciones, o su trasunto en forma de *pueblos* o *sociedades*, se tratan como sujetos del discurso historiográfico, como colectivos a los que es legítimo imputar acciones, voluntades, pensamientos, querencias, caracteres y sentimientos a los que hay que *proteger*.

Esa personificación y reificación de los fenómenos nacionales, donde es común hablar de historia utilizando términos como *raíces*, *derechos históricos* o *personalidad diferenciada*, ya ha sido convenientemente identificada. En el ámbito de las universidades españolas, Ferran Archilés ha sido probablemente uno de los que han escrito más y mejores páginas sobre la pervivencia del paradigma nacional en los historiadores españoles, en buena medida como resultado de la reconversión de las reflexiones sobre *el ser de España* y las sombras del noventa y ocho⁵. No obstante, la recepción de esto está siendo muy limitada y todavía se producen trabajos en los que los verbos tienen como sujeto a las naciones, o aún peor, trabajos que buscan *demostrar*, *autenticar* o legitimar un proyecto nacional sobre otro. Así se produce una confusión entre la nación como categoría de práctica, es decir, como utilización en el mundo que debemos explicar, y la nación como categoría de análisis, o sea, como instrumento conceptual que el científico social utiliza para analizar ese mundo⁶. Esto genera una amplia serie de sesgos, inconsistencias y malentendidos añadidos a la propia polisemia de la terminología que aquí nos ocupa. Además, dicha confusión se junta con la pervivencia de metanarrativas subyacentes que insisten en atribuir sentidos de *modernización* o de *normalidad* a los procesos de construcción nacional, como si existiera una *pauta* o un *patrón* sano y exitoso con el que confrontar cada caso y así comprender qué ha pasado con *nuestra historia* o la *historia de cada pueblo*.

Para salir de estos problemas de manejo conceptual, en los últimos años se han acumulado desde distintos ámbitos las llamadas a la *des-nacionalización* de la historiografía sobre los fenómenos nacionales. El propio Archilés lo ha hecho varias veces de distintas maneras, entre ellas solicitando hacer la historia “fuera de las lógicas del Estado-nación”⁷. Anteriormente, Stefan Berger había abogado por la “des-esencialización” de la historiografía a través de métodos comparados y enfoques

4. Cf. Andreas WIMMER y Nina GLICK SCHILLER, “Methodological nationalism and beyond: nation-state building, migration and the social sciences”, *Global Networks*, 2/4 (2002), pp. 301-334.

5. Ferran ARCHILÉS, “Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea”, en Ismael SAZ e ÍD. (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea...*, pp. 245-330.

6. Utilizo la terminología que a partir de Bourdieu han desarrollado Rogers BRUBAKER y Frederick COOPER, “Beyond identity”, *Theory and Society*, 29 (2000), pp. 4-6; Rogers BRUBAKER, “Categories of analysis and categories of practice: a note on the study of Muslims in European countries of immigration”, *Ethnic and Racial Studies*, 36 /1 (2012), p. 6.

7. Ferran ARCHILÉS, “Melancólico bucle...”, p. 330.



transnacionales⁸. Fernando Molina y Miguel Cabo han denunciado el “localismo metodológico” de la historiografía española, apuntando la necesidad de una verdadera “post-nacionalización” de la historia de los nacionalismos en España⁹. El debate sobre si sería mejor un pensamiento historiográfico desnacionalizado o uno postnacional requeriría un trabajo específico. Lo importante aquí no debería ser buscar en primer término la impugnación y deconstrucción de las naciones en el mundo contemporáneo, lo cual conllevaría la negación y distorsión de una categoría de práctica de la que los historiadores debemos dar cuenta. Más bien, se trata de cuestionar el uso de la nación como categoría de análisis, de intentar conceptualizarla de tal manera que implícitamente la *dejemos en suspenso* en el sentido de ἐποχή que utilizaría Husserl en una reducción fenomenológica. En su lugar, proponemos que los conceptos de nacionalismo y de identidad nacional pueden cubrir perfectamente todas las manifestaciones del fenómeno nacional susceptibles de análisis.

Dicho esto, aventuraremos algunas breves definiciones instrumentales de términos clave, intentando reducir al máximo la tentación de los “lenguajes de la grupalidad” que señalara, entre otros, Rogers Brubaker¹⁰. Consideramos que la nación es aquella abstracción comunitaria resultado del reconocimiento por parte de un conjunto de individuos de vínculos de identificación que intersubjetivamente acaban calificándose de nacionales. De esta manera, la comunidad nacional se articula gracias a esta sensación de pertenencia por la que las personas se definen como miembros de una nación y reconocen a sus pares como pertenecientes a esa misma categoría. Entendemos por identidad el instrumento cultural de mediación social por el que los individuos construyen la realidad y le aportan sentido, incluyéndose a sí mismos y su contexto de inserción social. La identidad nacional sería una forma de identificación cuya narrativa de ordenación de la realidad se estructura en naciones y naturaliza la pertenencia del individuo a dichas comunidades, que son convertidas en actores o sujetos de esa narrativa. Las comunidades nacionales resultado de esto se diferencian de cualquier otra comunidad de pertenencia por su combinación específica en términos mínimamente horizontales de nociones de grupalidad (los miembros de la nación), temporalidad (su pasado y futuro) y espacialidad (su territorio propio)¹¹. Por su parte, el nacionalismo sería el proyecto político en defensa de la nación como un eje esencial, incluso el más importante, de la vida social. Normalmente, esto incluye las ideas de unidad/indivisibilidad y autonomía/autogobierno como valores inseparables de la propia existencia de la nación. Así, un nacionalista no solo esperará de los demás *reconocimiento y/o comprensión*, sino también *respeto* a la dignidad colectiva de su nación. Por ello, el nacionalismo suele incluir de una u otra manera alguna dimensión

8. Stefan BERGER, “National historiographies in transnational perspective: Europe in the nineteenth and twentieth centuries”, *Storia della Storiografia*, 50 (2006), p. 25.

9. Fernando MOLINA y Miguel CABO VILLAVERDE, “An Inconvenient Nation: Nation-Building and National Identity in Modern Spain. The Historiographical Debate”, en Maarten van GINDERACHTER y Marnix BEYEN (eds.), *Nationhood from Below: Europe in the Long Nineteenth Century*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2012, p. 67.

10. Rogers BRUBAKER, *Ethnicity without Groups*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2006.

11. En línea con los tres contenidos del discurso nacionalista que lo definen como tal (identidad de los grupos, temporalidad y espacialidad de los mismos) ÖZKIRIMILI, *Theories of Nationalism...*, pp. 208-209.

proactiva, primero de *recuperación* cultural de lo que se imagina como perdido y después, posiblemente, de organización e institucionalización¹².

Con frecuencia, los historiadores hemos acabado atrapados en la circularidad de estos tres conceptos. Son a la vez categorías de análisis y categorías de práctica. Hace más de diez años Tamar Herzog escribió que necesitábamos abandonar la “búsqueda de la identidad”, como si fuera un objeto que portan y atesoran las personas, y volverse hacia la “identificación”, o sea, los procesos “a través de los cuales las personas declaran identificarse o se identifican como miembros de una comunidad”¹³. Desde nuestro punto de vista, la clave de la renovación conceptual, que lleve a lo realmente importante en los fenómenos nacionales, está en dos categorías de análisis por las que la literatura académica no se ha interesado tanto a nivel primario: proceso de construcción nacional y proceso de nacionalización.

Nuestra visión de lo que es un proceso de construcción nacional se resume en un inmenso fenómeno intersubjetivo por el que la interacción social produce y llega a requerir tal organización de la realidad, tanto a nivel de cognición como de praxis, que la nación acaba instalándose como horizonte de sentido hegemónico en los participantes. El proceso de nacionalización sería la perspectiva individualizada de la construcción nacional, o mejor dicho, la perspectiva de los agentes implicados en la incorporación y mantenimiento de la nación como factores influyentes en las conciencias y conductas de los individuos. Esta idea de la nacionalización se fundamenta en dos pilares ya consolidados: por un lado, que las identidades son imputables a personas y las naciones son abstracciones sin estatuto ontológico independiente. Por otro lado, las identidades nacionales, como toda identidad colectiva, presentan una naturaleza narrativa o, si se quiere, discursiva. A su vez, estos discursos son sociales en el contenido y en el contexto en el que se emiten, pero individuales en tanto que sus emisores son individuos de carne y hueso. Que a veces desconozcamos sus nombres o nos encontremos con manifiestos firmados por cientos de miles de personas no menoscaba este carácter concreto¹⁴. Es cierto que se habla de la “nacionalización del Estado” o la “nacionalización de la esfera pública” y en un sentido metafórico esta forma de hablar puede ser aceptable. Sin embargo, creo que se corre el peligro de desviar la atención de los verdaderos agentes del proceso, los sujetos, sin los cuales la necesaria reproducción y redefinición continua de lo nacional no podría realizarse.

En este sentido, el estudio de los llamados *nacionalismos de Estado* ha sido particularmente distorsionado. No sólo a un nivel básicamente conceptual, olvidando la obviedad de que una cosa es un Estado-nación, que es un tipo de Estado, y otra una



12. Otra forma de expresar la diferencia cualitativa podría hallarse manteniendo el término “nacionalismo” tanto para lo que aquí llamamos identidad nacional como para el nacionalismo, pero distinguiendo un *hot nationalism* de un *informal* o *banal nationalism*, al estilo de lo que se hace en John HUTCHINSON, *Nations as Zones of Conflict*, Londres y otros, Sage, 2005, pp. 115-153; o en el propio Michel BILLIG, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995, p. 43 y ss.

13. Tamar HERZOG, *Defining Nations. Immigrants and Citizens in Early Modern Spain and Spanish America*, New Haven & Londres, Yale University Press, 2003, p. 6.

14. Craig CALHOUN, *Nationalism*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, 1997.

nación estatal, que es un tipo de nación¹⁵. Como consecuencia de una asunción acrítica del carácter construido de las naciones, el Estado ha tenido un excesivo papel en los estudios sobre nación y nacionalismo, dando lugar a una “apreciación parcial del problema”, en palabras de Fernando Molina¹⁶. Este autor afirma que “el nacionalismo de Estado surge de una interacción entre éste y los grupos sociales y políticos que lo forman”. Nosotros hemos tomado esta idea de interacción como la piedra de toque interpretativa. Sin embargo, no creemos que el Estado sea un agente *stricto sensu* en los procesos de construcción nacional, toda vez que no le concedamos a las piedras de los edificios ministeriales, los pupitres de madera de las escuelas o las armas de los soldados una acción autónoma más allá de la que las personas pueden otorgarles. Así, la interacción no sería entre el Estado y los individuos sino entre individuos que actúan desde las instituciones e individuos que no (y por lo tanto, fuertemente asimétrica). El patriotismo juntista de 1808-1810 en la Monarquía hispánica proviene de la quiebra del Estado y la reconstrucción descentralizada de sus fragmentos. Los individuos que atribuyen un sentido nacional a la guerra operaron tanto dentro como fuera de las malogradas instituciones, y elaboraron sus narrativas nacionales al calor del caótico proceso político abierto, no manejados por ninguna taimada maquinaria monolítica, impersonal e invisible¹⁷.

Una perspectiva teórica de este tipo pone al descubierto la tensión entre la dimensión individual y colectiva de la identidad, entre la autonomía de la acción humana y la estructura social en la que se desarrolla. Dar cuenta de esto constituye un desafío prometedor con el que todavía estamos lidiando. Alejandro Quiroga ha propuesto un modelo teórico de nacionalización basado en esferas (pública, semipública y privada) en el que define la nacionalización como “proceso de transmisión de identidades que integra unos mensajes, ‘las narrativas de nación’, unos canales, ‘las instituciones de la nación’, y unos receptores, ‘los individuos nacionales’”.¹⁸ Aparte de la crítica a que esas tres esferas existan realmente y no sean más bien un continuum de espacios¹⁹, este modelo matizado de difusión, acompañado de la idea de “consumo de la nación”, que también abraza Molina²⁰, no nos parece que acabe de despegarse del todo de una cierta concepción *cosificada* del fenómeno nacional, de algo ontológicamente diferenciado que se crea, transmite y recibe. Cuando se habla de que uno *personaliza*

15. “Puede afirmarse que la construcción del Estado y la construcción de la nación son dos procesos solapados pero conceptualmente diferentes. En la medida en que se solapan son, en lo fundamental, inseparables, pero si el solapamiento no es total (y sabemos bien que no lo es) son también procesos diferentes” (Juan J. LINZ, *Obras escogidas. Vol.2. Nación, Estado y lengua*, edición de José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 555). El propio formulador del concepto de nacionalismo banal, que tanto ha ayudado a estudiar la fuerza de la relación entre ambos entes, confunde continuamente Estado-nación con nación: BILLIG, *Banal Nationalism...*

16. Fernando MOLINA, *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, p. 47.

17. Cf. Richard HOCQUELLET: *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008.

18. Alejandro QUIROGA, “La nacionalización en España. Una propuesta teórica.”, *Ayer*, 90, 2013, p. 19.

19. Ferran ARCHILÉS, “Lenguajes de nación...”, p. 104.

20. Fernando MOLINA, “La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional.”, *Ayer*, 90, 2013, p. 49.

algo, es que ese algo tiene unos rasgos *de fábrica* que son ajenos y previos, que pudieran interpretarse como *no contruidos* desde la perspectiva global del proceso.

Lo que aquí proponemos es que los marcos y las narrativas que limitan la acción de los individuos son resultado del propio proceso de *nation-building*, y actualizan y se ven actualizados continuamente por él. Por lo tanto, la nación es inseparable de la interacción social (real o imaginada) y no existe más allá de las mentes y prácticas de los sujetos inmersos en ella. Lo demás son cristalizaciones de identidades nacionales y nacionalismos anteriores transmitidas y reproducidas a través de procesos de memoria, que significan bien poco hasta que individuos del presente las reciben, las interpretan y les atribuyen un sentido de acuerdo a sus propios procesos de nacionalización (y por lo tanto, las modifican de acuerdo a los nuevos contextos y a las propias trayectorias). No es que las personas solo *reelaboren* según su voluntad y circunstancias la oferta de los nacionalistas, sino que estos *nacionalistas* también son personas que están sumidas en la interacción, la cual por supuesto es desigual, irregular y está trabada con otras muchas cosas que *a priori* no tienen nada que ver con la nación en sí, desde otras identidades hasta intereses materiales y conflictos políticos.

Metodología comparada, enfoque transnacional, nación desde abajo y experiencias de nación

Esta vuelta a lo subjetivo y a lo horizontal, no como una manera de negar lo estructural y la verticalidad, sino como una forma de corregir sus excesos, no dará sus frutos a nivel metodológico si no se complementa con algunos cambios de enfoque. El objetivo es desnacionalizar la lente, siquiera parcialmente, y que nuestro punto de vista sea mucho más respetuoso con las fuentes y la percepción de los actores del pasado. Para ello, creo que la salida del estancamiento actual debe pasar por la combinación de una metodología comparada, del enfoque transnacional y de una aproximación *desde abajo* y personal a los procesos de construcción nacional.

El valor heurístico de la comparación en las ciencias sociales se remonta a su establecimiento como metodología en el siglo XIX, de la mano, entre otros, de Durkheim y Stuart Mill. Las reglas básicas de la comparación de este último, concordancia, diferencia y variación concomitante, suponen aún hoy los mimbres básicos de todo estudio comparado. Sin embargo, las metodologías comparadas se han complejizado mucho desde entonces, tanto en sus variantes cualitativas como cuantitativas²¹. El combate del excepcionalismo y del localismo es una utilidad del método comparado que cualquier investigador reconoce, a la par que se evita la fosilización conceptual y el sometimiento tosco y apriorístico de la realidad a las categorías. Sin embargo, la existencia de estudios comparados en el ámbito de los procesos de construcción nacional es demasiado escasa. Salvo algunas obras de tradición más politológica y sociológica que historiográfica, otras relacionadas con nacionalismos *subestatales* y alguna aportación más bien ensayística, no hay un gran estudio sistemático que aplique estrategias comparativas a los fenómenos nacionales en



21. Véanse Leonardo MORLINO, *Introducción a la investigación comparada*, Madrid, Alianza Editorial, 2010 y Matthew LANGE, *Comparative-Historical Methods*, Londres y otros, Sage, 2013.

España²². Esto está empezando a paliarse, a riesgo de caer en la fragmentación y el peligro de hacer pasar yuxtaposiciones por comparaciones²³.

Los problemas que tiene la aplicación de la metodología comparativa clásica a los fenómenos nacionales requerirían un trabajo aparte, por lo que me centraré en los aspectos más próximos a la investigación que se anuncia en el título. No sin antes referir dos precauciones generalizables. La primera es sobre las unidades de la comparación, que como categorías lingüísticas no dejan de tener una dimensión performativa. Sea una comparación por casos o por variables, hay que tener cuidado con los puntos de partida. La comparación entre naciones no debería ser aceptable, sino que deberíamos desplazarla hacia los procesos de construcción nacional y de nacionalización tal y como se han esbozado en el epígrafe anterior. Evitar transferencias del analista a lo analizado también tiene que ver con la segunda precaución. La estructura de la comparación no puede ser teleológica. Con demasiada frecuencia se ha comparado para ver si el caso español es más o menos *normal* o más o menos *avanzado* de acuerdo a unas metanarrativas de la modernidad. La elección de los casos y los temas lleva implícita una expectativa de resultados y una imposición de límites y coherencias que habría que gestionar adecuadamente para impedir que obliteraran la autonomía del analista en el manejo de los métodos y las fuentes.

En mi investigación tomo casos próximos con procesos similares y ritmos parecidos durante la *era de las revoluciones* (España, Portugal, Francia, Reino Unido), pero no aspiro a que dicha comparación ilumine todos los aspectos de cada uno de los procesos de construcción nacional ni que todo, desde las fuentes para cada caso hasta las conclusiones, encaje como un reloj. La existencia efectiva de identidades nacionales y los desarrollos de cada una no se cierra antes de la investigación, ni la plantilla de investigación se elabora de acuerdo a ningún esquema que haya que cumplir o contrastar. Con ello se busca que la comparación no sea un complemento en la exposición de resultados sino una parte esencial en la producción de conocimiento²⁴.

Este objetivo también es compartido con el enfoque transnacional. Por supuesto, los procesos de construcción nacional, pese a lo que predica el nacionalismo, están llenos de fenómenos de circulación, intercambio y transferencia por encima y por debajo de la escala del Estado-nación, y cuyas potencialidades no han pasado

22. Vid. José ÁLVAREZ JUNCO, "España: el debate sobre la nación", en Nigel TOWNSON (dir.) *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 29-64.

23. Ferran ARCHILÉS, Ismael SAZ y Marta GARCÍA CARRIÓN (eds.), *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013. Véase la reseña de Fernando MOLINA en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 44 (2) (2014), p. 344.

24. La elaboración de comparaciones en segundo grado a partir de historiografía es importante pero no podemos quedarnos ahí. Además, las historiografías de estos casos tampoco son ajenas a los problemas que aquí se señalan y la abundancia de obras generales es muy irregular, habiendo más para el Reino Unido y Francia que en Portugal. Algunos ejemplos son Linda COLLEY, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837*, New Haven, Yale University Press, 1992; Colin KIDD, *British Identities before Nationalism: Ethnicity and Nationhood in the Atlantic World, 1600-1800*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1999; Hugh F. KEARNEY, *The British Isles: A History of Four Nations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006; Timothy BAYCROFT, *Inventing the nation: France*, Londres, Hodder Education, 2008; David A. BELL, *The Cult of the Nation in France: Inventing Nationalism, 1680-1800*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2003; Anne Marie THIESSE, *Faire les français: quelle identité nationale?*, París, Stock, 2010; Sérgio Campos MATOS, *Consciência histórica e nacionalismo: Portugal, séculos XIX e XX*, Lisboa, Livros Horizonte, 2008; José Manuel SOBRAL, *Portugal, portugueses: uma identidade nacional*, Lisboa, Fundação Francisco Manuel dos Santos, 2012.

desapercibidas para algunos autores²⁵. Sin embargo, reducir las posibilidades de este punto de vista a esto sería un pobre entendimiento de lo que la historia transnacional implica hacer. De hecho, que lo transnacional busque la superación de lo nacional no consiste en negarlo o en fingir que no existe. Sería como mínimo temerario pretender cualquier comprensión de la época contemporánea sin la nación. De lo que se trata es de no utilizarla como marco natural de análisis sino convertirla en un aspecto más susceptible de estudio. Dejar de hacer historia “de naciones” para pensar históricamente “con la nación y a través de la nación”²⁶.

Existen varias maneras de aplicar el espíritu transnacional en este sentido de *depuración metodológica*, más allá de la elección de objetos de estudio intrínsecamente favorables, como las interinfluencias entre movimientos nacionalistas o la circulación de estereotipos nacionales. La era de las revoluciones en las monarquías de Francia, España, Portugal y el Reino Unido constituye un periodo de crisis o quiebra de estructuras políticas diversas y extensísimas, de intensa guerra y circulación de personas e ideas. Así, una lente transnacional nos obliga a eliminar a la nación de cualquier parte de la investigación que no sea las voces del pasado que usamos como materia prima. A ello puede ayudar el tratar procesos de construcción nacional diferentes pero que se desarrollan en contacto, hacerlo en varias escalas y lugares, e identificar y aislar en la medida de lo posible el papel del propio observador del momento, cuya adhesión puede generar predisposiciones a ver ciertas cosas y a ignorar otras. Tal vez, si nos acostumbramos a estudiar más de un solo fenómeno nacional y a romper la confusión de la nación como objeto, marco y contexto a la vez la desnacionalización de la historiografía de la que hablábamos en el epígrafe anterior pueda beneficiarse de las aportaciones de la historia transnacional. Ello también conlleva entender la dicotomía interno/externo (nacional/extranjero) como un resultado y no como un condicionamiento *a priori*,

En un sentido más tradicional, el interés por los intercambios y las dinámicas no restringidas por los marcos nacionales puede producir líneas interesantes, si bien muchas veces la cuestión nacional conforma solo una parte de la problemática. Es el caso de la historia atlántica y la historia imperial; en nuestro caso, claramente sustanciadas en los ya mencionados procesos de crisis y quiebra-recomposición de los sistemas británico, francés, español y portugués. La reciente aportación monumental de Fradera expone en este sentido espacios de exploración interesantes para esos momentos en los que todavía existía la posibilidad de que el cuerpo político se articulara según una superposición (casi) perfecta entre la nación y el espacio imperial, momento de las “constituciones imperiales” de corte universalista que, tras su fracaso, daría paso al desarrollo de “régimenes de especialidad” metrópolis/colonias en un momento ya distinto²⁷.

Mucho más consolidadas que la metodología comparada y el enfoque transnacional son las visiones que defienden una aproximación *desde abajo* (*bottom-up*)

25. Anne-Marie THIESSE, *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XIXe siècle*, París, Éditions du Seuil, 2001.

26. Tomo esta idea de Pierre-Yves SAUNIER, *Transnational History*, Houndmills-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013, p. 8.

27. Josep M. FRADERA, *La nación imperial. Derechos, representación y ciudadanía en los imperios de Gran Bretaña, Francia, España y Estados Unidos (1750-1918)*, vol. 1, Barcelona, Edhasa, 2015, que sin embargo debe ser considerado mucho más como un libro de historia imperial que como una obra sobre procesos de construcción nacional, pese a lo que pueda sugerir el primer sintagma del título.



a los fenómenos nacionales. No sólo se busca calibrar mejor el papel del Estado sino responder a la pregunta sobre la nacionalización de las masas que asalta continuamente. Ya algunos marxistas británicos tales como E. P. Thompson, dedicados a otro tema, comprobaron a mediados del siglo XX que estudiar hechos de conciencia con una enorme escasez de fuentes era complicado pero a la vez enormemente fértil.

La primera acepción de *nación desde abajo* sería el llamado *patriotismo o nacionalismo popular*²⁸, referido a en qué medida las clases populares y las mayorías sociales se sienten parte de la nación y se implican en ella²⁸. A medida que avanza la época contemporánea las fuentes aumentan y es más factible de estudiar, sobre todo desde que se disponen de encuestas y es posible otro tipo de investigación sociológica. Sin embargo, se han identificado otros métodos de estudiar la nación *desde abajo*: la arriesgada inferencia indirecta de los sentimientos de las masas a partir de su aparición en los textos, el uso de métodos tradicionales en escalas muy micro, la naturalización cotidiana de la nación (el nacionalismo banal) y la exploración del papel de la nación en las experiencias concretas²⁹. Esta última forma constituye para nosotros la más atractiva, flexible y a la larga más sólida de todas, de cara a hacer aportaciones significativas³⁰. En mi investigación recojo estas ideas, con el fin de contribuir a la historia de cómo la nación fue vivida y construida desde las experiencias individuales. Y lo planteo para un periodo cuya historia política *desde arriba* ha copado la mayoría de las páginas que se le han dedicado, pero que dados la extrema movilidad y el carácter traumático de muchos de los hechos por los que las personas del momento pasaron, existe una amplia producción de ego-documentos y relatos autobiográficos: memorias, diarios, libros de viaje, correspondencia, etc.

Por supuesto, el empleo de nuevas fuentes no se circunscribe a estas. Con frecuencia se ha hablado de la necesidad de buenos estudios sobre arte e iconografía, fotografía, cine (obviamente imposible para la mayoría del XIX), literatura y música³¹. Igualmente, una aproximación desde abajo podría intentarse con documentación policial, declaraciones judiciales, peticiones personales y documentación administrativa de instituciones mucho más próximas a la mayoría de la población, como los ayuntamientos, las asociaciones y las parroquias³². Dentro de este panorama, el tipo de fuente en el que nos centraremos permite, desde nuestro punto de vista, una

28. Vid. John BREUILLY, "What Does It Mean to Say that Nationalism Is 'Popular'?", en Maarten van GINDERACHTER y Marnix BEYEN (eds.), *Nationhood from Below...*, pp. 23-43.

29. Marnix BEYEN y Maarten van GINDERACHTER, "General Introduction: Writing the Mass into a Mass Phenomenon", en ÍD. e ID. (eds.), *Nationhood from below...*, p. 10.

30. En España quien está llevando a cabo una mejor conceptualización de esto es Ferran ARCHILÉS, "Lenguajes de nación. Las «experiencias de nación» y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate." *Ayer*, 90 (2013), pp. 91-114. También véanse las aportaciones de Fernando MOLINA ("La nación desde abajo...") a través de la biografía y la adaptación del "*personal nationalism*" de Anthony Cohen.

31. Para la pintura, véase el reciente libro de Tomás PÉREZ VEJO, *España imaginada. Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015. Para el cine, una de las referencias es Marta GARCÍA CARRIÓN, por ejemplo en "Lugares de entretenimiento, espacios para la nación: cine, cultura de masas y nacionalización en España (1900-1936)" *Ayer*, 90 (2013), pp. 115-137.

32. Un ejemplo en el libro hasta ahora prácticamente ignorado en España, quizás por su contradicción de algunas tesis canónicas, de Scott EASTMAN, *Preaching Spanish Nationalism across the Hispanic Atlantic, 1759-1823*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2012, elaborado en gran parte a partir de sermones.

aproximación *desde abajo* completa y de problemas específicos relativamente identificables.

Perspectivas temáticas: los límites de la nación y las líneas de fractura

Es un principio básico en la investigación histórica la adecuación de la teoría, metodología y las fuentes a los temas que se estudian. La insatisfacción con la que se iniciaba este trabajo se extiende también a la forma que muchos historiadores han tenido hasta ahora de definir los temas que había que estudiar en el análisis de un proceso de construcción nacional. Las ideas de composición, diversidad y conflicto, intrínsecas a cualquier proceso de identificación social, se han visto sometidas a las de unidad y homogeneización. Como señala John Hutchinson, las naciones son no son magmas monocolor sino entes plurales en movimiento, “zonas de conflicto”, donde sus miembros compiten continuamente por conseguir que su narrativa nacional consiga ser hegemónica³³.

Además, como muy bien señala Xavier Andreu, el gran desafío de ordenar una realidad caótica y diversa en categorías nacionales no puede solo compartimentarse en una dicotomía interno/externo, pues como proceso de interacción que es, la construcción nacional incluye también a individuos que no forman parte de la nación, pero cuyos discursos sobre la realidad la interpelan directa o indirectamente, como parte constitutiva de la construcción de sus propias naciones³⁴. Reducir la historia de los procesos de construcción nacional a la historia de la homogeneización cultural es tan simplista como creer que entender la historia del socialismo consiste en la historia de la recepción de las obras de Marx³⁵. El peligro de creerse la simpleza de las propias narrativas y después embutir todos los datos en ellas no solo tiene una dimensión sincrónica. Este mismo autor señala que la tendencia de los historiadores a imprimir excesiva coherencia a los procesos que estudian lleva a dos peligros en el manejo de la diacronía: por un lado, el tratar de identificar tradiciones permanentes en las que hay que insertar forzosamente cada cosa que ocurre con independencia del contexto y los sujetos del momento; por otro, el creer que la mejor manera de entender una fase del proceso de construcción nacional es a través de las fases anteriores. De tal manera, si lo aplicáramos, podríamos afirmar, por ejemplo, que la verdadera y profunda raíz de que los proyectos nacionales republicanos no consiguieran estabilizarse en los años treinta



33. John HUTCHINSON, *Nations as Zones of Conflict...*

34. Es el caso del mito romántico y la idea orientalista de la España del siglo XIX por parte de otros europeos, que acaba teniendo un influencia en el propio proceso de construcción nacional español. Xavier ANDREU MIRALLES, *Mito romántico e identidad nacional en la España liberal (1830-1850)*, Tesis doctoral, Universitat de València, 2015; edición posterior como libro en Madrid, Taurus, 2016.

35. Una muestra de los peligros de la búsqueda de patrones y relatos de coherencia “desde arriba” en Daniele CONVERSI, “Nación, Estado y cultura: por una historia política y social de la homogeneización cultural”, *Historia contemporánea*, 45 (2012), pp. 437-481, quien hace una acertada distinción entre la voluntad de homogeneizar y la ilusión de la homogeneidad, pero no consigue moverse de la visión “desde arriba” y excesivamente política que presupone los efectos a través de los medios. La uniformización no tiene por qué implicar homogeneización, muchas veces consiste en hacer las cosas compatibles y convergentes, no en hacerlas iguales. Véase una lectura de la globalización en esta clave en la obra de Christopher BAYLY, *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Madrid, Siglo Veintiuno, 2010. También Jürgen OSTERHAMMEL, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2015.

del siglo XX reposa, en última instancia, en la represión fernandina a los liberales gaditanos a principios del XIX³⁶.

Lo deseable en última instancia sería deshacernos de la ilusión de la homogeneidad y preocuparnos por lo que ocurría realmente en términos fenomenológicos, estudiando la articulación policéntrica y conflictiva de la unidad y la diversidad. Sin embargo, parece que en su lugar nos hemos estancado en debates un tanto sesgados y, desde mi punto de vista, en gran parte influidos por la proyección retrospectiva de los problemas de articulación nacional del Estado de las Autonomías hacia el pasado³⁷. Por supuesto, está la dinámica centro/periferia desde la que todo debe entenderse, aunque cabría preguntarse si alguien pudiera sostener con conocimiento de causa que Salamanca o Guadalajara, supuestamente partes de esa *Castilla centralista*, que habría intentado con actitud excluyente ser el centro de España, pero que por su debilidad y decadencia no habría conseguido reprimir las tendencias centrífugas, no ocupan una posición mucho más periférica que Barcelona, Sevilla o Valencia (y lo mismo podría decirse de sitios como Huesca, Soria o Ciudad Real, arrojados a una misma categoría con Madrid cuando se habla de *centro*). Además, la dimensión espacial de las tensiones identitarias conlleva un peligro de presentismo evidente y suele confundirse con la dimensión territorial del poder. Es obvio que las divisiones administrativas de los reinos de la monarquía hispánica no son las mismas que las comunidades autónomas actuales. No es este el lugar de discutir por qué entonces ha proliferado una historiografía que opera como si esto fuera así. Lo importante es señalar la escasa valoración crítica existente sobre los efectos que la lógica centro-periferia ha tenido sobre el estudio de la nacionalización en España. La naturalización de quién es centro y quién es periferia se ha realizado de una manera selectiva bastante cuestionable, aplicando esa lógica a ciertas escalas pero no a otras (por ejemplo, en España respecto a Cataluña, pero mucho menos dentro de la propia Cataluña), mezclando la pura disposición geográfica con criterios de poder o desarrollo económico, y definiendo unidades más por oposición que por un verdadero conocimiento sensible a las variaciones diacrónicas de su coherencia o características internas, como puede ser el caso de Castilla o de Andalucía³⁸.

La rigidez de los esquemas difusionistas, verticales y topográficos no es la única que se observa en los debates que delimitan el campo de juego. La obsesión por clasificar el nacionalismo entre cívico o étnico, asociando juicios morales a cada tipo, todavía tiene cierta pervivencia, pese a que cualquier abordaje específico admite que hay rasgos cívicos y étnicos en todos los nacionalismos, incluido el español³⁹. De la misma manera, una dicotomía radical y no evolutiva entre *lo moderno* y *lo premoderno*

36. Xavier ANDREU MIRALLES, *Mito romántico e identidad nacional...*, pp. 130-131.

37. Una problemática paralela pero diferente se desarrolla en el caso francés, si bien aquí la *epistème* es el unitarismo homogéneo del Estado centralista de cuño jacobino. Anne-Marie THIESSE, "Centralismo estatal y nacionalismo regionalizado. Las paradojas del caso francés", *Ayer*, 64 (2006), pp. 33-64.

38. *Vid.* Diego MURO y Alejandro QUIROGA, "Building the Spanish Nation: The Centre-Periphery Dialectic", *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 4/2 (2008), pp. 18-37.

39. Sin embargo, la distinción tiende a mantenerse. Véanse Diego MURO y Alejandro QUIROGA, "Spanish nationalism: ethnic or civic?", *Ethnicities*, 5/1 (2005), pp. 9-29. Stephen JACOBSON, "Spain: the Iberian Mosaic", en Timothy BAYCROFT y Mark HEWITSON (eds.), *What Is a Nation? Europe, 1789-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2006. pp. 210 - 227.

se revela cada vez más anquilosada y cegadora de espacios y matices intermedios⁴⁰. Un estudio renovado y sistemático del periodo donde tradicionalmente se ha cifrado el inicio de la identidad nacional moderna es en este aspecto más necesario. Las grietas del modernismo como paradigma teórico hegemónico pueden conducir a una valoración menos hostil hacia unos trabajos cuyos resultados obligarían a salir de ciertas posiciones de comodidad, sobre todo a los contemporaneístas dedicados al siglo XX⁴¹. Los tres elementos anteriores combinados han producido numerosas distorsiones. En el caso de principios del siglo XIX, la supuesta asociación de los orígenes del fenómeno nacional español con el liberalismo, concebido como actor de modernidad, ha llevado a la negación de proyectos nacionales católicos, tradicionalistas y absolutistas. De forma paralela, el modelo difusionista centro-periferia ha conducido a ignorar narrativas nacionales españolas que surgen como mínimo a la vez que las castellanas⁴².

El utilizar el pasado como guía para los desafíos del presente también ha distorsionado la propia producción menos preocupada por la unidad y más por cómo partes diversas pueden encajarse en un conjunto. El problema es que esto ha tendido a hacerse con una lectura en clave exclusivamente político-jurídica de las líneas de fractura territoriales (léase *centralismo* vs. *descentralización*), interesándose por el federalismo y los sistemas políticos compuestos. En realidad esto supone solo una parte del problema a estudiar, concretamente el resultado político de unos procesos sociales y culturales que muchas veces son previos⁴³. Aspectos menos estudiados han sido la historia a partir de la cual los individuos construyen sus identidades con dimensiones territoriales, cómo tal diversidad territorial se ha llegado a percibir, y cómo se han

40. Sobre este problema, una solución interesante la aporta Joep LEERSSEN, *National Thought in Europe. A Cultural History*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2006, al distinguir un “pensamiento nacional”, muy maduro y complejo a la altura del siglo XVIII, de un nacionalismo que no aparecería hasta el siglo XIX por la combinación novedosa de distintos elementos: la territorialización modular de la diversidad cultural que aporta el pensamiento nacional, la soberanía popular de algunos ilustrados radicales y el historicismo trascendental de los románticos.

41. Tres casos de afirmación de nación premoderna en Xavier TORRES SANS, *Naciones sin nacionalismo. Cataluña en la monarquía hispánica (siglos XVI-XVII)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008; Mateo BALLESTER RODRÍGUEZ, *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665): discursos, símbolos y mitos*, Madrid, Tecnos, 2010; Antonio CALVO MATURANA, *Cuando manden los que obedecen: la clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons, 2013. Una visión más de síntesis sobre esta perspectiva en Antonio MORALES MOYA, “La nación española preconstitucional”, en Ídem., Juan Pablo FUSI y Andrés de BLAS (dirs.) *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Madrid, Galaxia Gutenberg – Fundación Ortega-Marañón, 2013, pp. 129-165, obra colectiva que, por otra parte, pese a su carácter monumental, en algunos capítulos no ha superado este carácter *nacionalizado* que indicamos.

42. Cf. Borja VILALLONGA, “Representar la nació. Història i memòria d'Espanya en la Catalunya Vuitcentista”, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona-École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2011. ÍD., “La nación católica: Balmes y la representación de España en el Ochocientos”, *Historia social*, 72 (2012), pp. 49-64.

43. Véanse desde posiciones muy diferentes las obras de José Antonio PIQUERAS, *El federalismo. La libertad protegida, la convivencia pactada*, Madrid, Cátedra, 2014; Roberto BLANCO VALDÉS, *Los rostros del federalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2012; Miquel CAMINAL, *El federalismo pluralista. Del federalismo nacional al federalismo plurinacional*, Barcelona, Paidós, 2002. El artículo seminal que introdujo el interés por la composición contra una visión monolítica del Estado es el de John H. ELLIOTT, “A Europe of Composite Monarchies”, *Past & Present*, 137 (1992), pp. 48-71. En un sentido ajeno al originario de Elliott, las naciones siempre son en realidad compuestas. Lo que cambia es la relación específica que se produce entre la unidad y la diversidad a la hora de ordenar y codificar las narrativas identitarias.



delineado las partes que forman el todo, toda vez que no existen culturas *naturales*, *originarias* o *puras*, y los *mosaicos* y *puzzles* con los que a veces se hacen analogías se afanan mucho en la deconstrucción de lo español pero dan por hecha la naturalidad, unidad y coherencia de los formantes. Cuando la relación entre identidad y territorio ha sido estudiada, los trabajos han tenido que superar la atracción de deslizarse hacia estudios cerrados sobre provincialismo, regionalismo, casos locales de construcción nacional o de construcción estatal, confundiendo la nación con el Estado⁴⁴.

Aquí nos alineamos con las posiciones que buscan una reubicación de la estructura temática de una investigación sobre las identidades nacionales desde una concepción de la nación eminentemente sociocultural y como algo nunca terminado. El objetivo es que el esquema resultante pueda ser aplicable, como mínimo, a cualquier caso de la Europa occidental decimonónica y no sólo a España. Para ello es necesaria una concepción menos apriorística y teleológica de la diversidad cultural y del conflicto, esto es, convertirlos en temas de la investigación y no en un presupuesto. De esta manera, un estudio de procesos de nacionalización renovado desde los planteamientos expuestos anteriormente debería, desde nuestro punto de vista, combinar el análisis de dos dimensiones de cambio que en el plano gnoseológico debemos separar pero que en realidad se desenvuelven recíprocamente. Podríamos llamar a la primera delimitación cognitiva de los entes y nacionalización de las categorías; y a la segunda, praxis y coloración semántica de las categorías nacionalizadas.

El primer ámbito se refiere básicamente al establecimiento de la nación como ente de pertenencia y de los límites cognitivos entre lo que está dentro y lo que queda fuera de la misma. Por lo tanto, hace referencia a un aspecto básico, el de los fundamentos de las identidades y las alteridades. Consiste en la conformación de conceptos grupales de acuerdo a términos nacionales, en el sentido de esa comunidad de vínculos mínimamente horizontales definidos por un pasado compartido, un territorio propio y unos contenidos de pertenencia difusos y por esa razón flexibles. La importancia del otro y las dinámicas de alterización tienen una cierta tradición en la historiografía y la literatura disponible sí ha sido medianamente sensible a la importancia de esta idea de mundo exterior y de la otredad en la definición propia (Portugal respecto a la idea de Castilla y después de España, Francia respecto a Alemania, Reino Unido respecto a Francia, etc.)⁴⁵. Sin embargo, la visión del otro y desde el otro es solo un aspecto en el mapa cognitivo de los individuos. Es mucho más importante hallar la estructura de categorías con las que se aprehende la realidad de manera nacional y qué uso se hace de ellas (¿cuántos significados puede tener la palabra *British* a la altura de 1820? ¿Están nacionalizadas esas semánticas y cuál es su arquitectura conceptual? ¿Hay varias naciones en el sistema de categorías, como pueden ser *Britain* y *Scotland*? ¿Si las hay,

44. Ejemplos de trabajos más historiográficos son los de Carlos FORCADELL y María Cruz ROMEO (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Diputación de Zaragoza, 2006; Ángeles BARRIO y Aurora GARRIDO (dirs.), *Provincia, región y nación en la España contemporánea*, Santander, Ediciones Universidad de Cantabria-Parlamento de Cantabria, 2009; Marta LORENTE, *La nación y las Españas. Representación y territorio en el constitucionalismo gaditano*, Madrid, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2010; Justo BERAMENDI y Xosé Ramón VEIGA (eds.), *Poder y territorio en la España del siglo XIX. De las Cortes de Cádiz a la Restauración*, Santiago de Compostela, Ediciones Universidad de Santiago de Compostela, 2014.

45. Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Francisco SEVILLANO CALERO (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

están a la misma altura cognitiva o una está dentro de la otra? ¿Qué otras categorías colectivas se emplean y qué relación tienen con las nacionales?).

Este aspecto puede parecer sencillo y demasiado *clásico*, pero no es baladí. El realizarlo sin malentendidos ni sobreentendidos nacionalistas no es fácil, sobre todo teniendo en cuenta que las marcas de identidad pueden cambiar continuamente y/o no coincidir con la idea del investigador o de otras personas contemporáneas. Con excesiva frecuencia se hacen *inferencias indirectas* que consisten en llenar lo que no conocemos o no podemos afirmar de lo que sabemos con seguridad, pudiendo crear una falsa lógica. Aún hoy los libros de texto enseñan los mapas del Imperio austrohúngaro coloreados según la distribución territorial de sus *nacionalidades*. Se podría decir que viendo ese mapa lleno de manchas entremezcladas es obvio que ese Estado acabara desgarrado por las tensiones derivadas de su *incoherencia nacional*. Sin embargo, una aproximación no nacionalista a este tema descubre que esos mapas se elaboraban de acuerdo a un censo decenal donde se preguntaba por la lengua *de uso diario*. Los nacionalistas automáticamente convertían lengua en adhesión nacional. Según el resultado mayoritario en cada localidad, los nacionalistas trazaban las fronteras entre los pueblos de esa *prisión de naciones*, según ellos. No obstante, esto de atribuir relaciones mecánicas entre lenguas, culturas e identidades con frecuencia no funcionaba a nivel local, con amplia población rural multilingüe. No eran raros los casos en que el declarar ser hablante de alemán o checo tenía más que ver con la escuela en la que se quería matricular a la prole o la relación que se esperaba tener con la administración que con una lectura nacionalizada de la diversidad lingüística⁴⁶.

El dar por hechos los significados de las categorías también puede llevar a inducciones precipitadas, atribuyendo significados de otros momentos o de otras personas de ese momento. En realidad, como cada individuo tuvo sus propias experiencias de nación, esta especie de mapa hay que hacerlo no sólo de manera dinámica sino también lo más particularmente posible, de ahí que las narrativas autobiográficas sean una fuente que facilite este enfoque. Por supuesto, una muestra pequeña impide extrapolaciones concluyentes, pero no creo que esto sea un problema nuevo ni exclusivo de este tema en los estudios históricos.

Además, un estudio que se limitara a certificar la nacionalización de las personas a través de sus lenguajes no sólo sería demasiado simple sino que también podría caer en distorsiones. Aunque la sombra de la teoría de la débil nacionalización española es alargada, la obsesión por refutarla puede llevarnos a interpretaciones incorrectas y exageradas de unas narrativas que muchas veces son ambiguas al respecto. Por no mencionar el hecho de que acabaríamos cayendo en un concepto de nacionalización entendido como *condición* estable, bien algo que se tiene o no se tiene, bien que se tiene en intensidades o grados (*muy nacionalizado*, *poco nacionalizado*, *medianamente nacionalizado*, etc). Por el contrario, consideramos que la concepción más fructífera es la que ve la nación como un *acontecimiento*, en palabras de Brubaker sobre los grupos a tenor de las ideas de Thompson sobre las clases sociales⁴⁷. O dicho de otra manera, una respuesta a una *situación* y un dispositivo de codificación de la experiencia; en



46. Pieter M. JUDSON, "Do Multiple Languages Mean a Multicultural Society? Nationalist "Frontiers" in Rural Austria, 1880-1918", en Johannes FEICHTINGER y Gary B. COHEN (eds.) *Understanding Multiculturalism. The Habsburg Central European Experience*, Nueva York-Oxford, Berghan Books, 2014, pp. 61-82.

47. Rogers BRUBAKER, *Ethnicity without Groups...*, p. 12.

definitiva, un discurso sobre la realidad, a la vez individual y social, dirigido a dotarla de sentido y que está en relación recíproca, por no decir en simbiosis, con la propia construcción y actualización del yo. Sin embargo, esto no ocurre en todo momento, no en todos los individuos, no en todas las situaciones, no con la misma interacción con las otras facetas del yo, no de la misma forma ni con la misma intensidad. En nuestra opinión, este es el verdadero sentido de la contingencia, a la vez que la clave para avanzar y la forma de abordar realmente el *¿cómo es la nación?* frente al *¿qué?* y *¿cuándo?*, preguntas también muy necesarias para la cronología indicada⁴⁸.

De esta forma, mucho menos trabajado pero igualmente interesante es el aspecto de la coloración semántica de los lenguajes nacionales, sobre todo en coordinación con el primer punto. Consiste en el estudio del contenido y los usos de las categorías nacionalizadas. Una vez que se han establecido los entes de adhesión simbólica y los límites de las grupalidades, ¿qué aspectos del mundo de una persona se han visto afectados por la irrupción de lo nacional en la percepción del yo y de los demás? ¿En qué consiste ser (un buen) francés? ¿En ser católico, en ser republicano, en comportarse virilmente? ¿Qué significa cada una de estas cosas en relación con la nación? Esto está en conexión directa con la mencionada idea de Hutchinson de naciones como “zonas de conflicto” y de las “guerras culturales” que se desarrollan en la propia interacción en la que se producen narrativas de nación en competencia por la hegemonía y en que la pluralidad de tradiciones se intenta ordenar de una manera específica⁴⁹.

20

En este ámbito surge un amplio campo para la reconsideración de la diversidad, la composición y el conflicto que están presentes en cualquier proceso de construcción nacional, a veces incluso dentro de la identidad nacional de un mismo individuo. Porque la identidad nacional, como toda identidad, no es algo que divide el mundo sin más sino que también lo cifra de significado. Así, una enorme cantidad de realidades, variables según el periodo y el contexto, pueden servir de *materia identitaria*, entendida en un sentido recíproco y no subordinado (o sea, que al igual que lo nacional se ve afectado por ellas también ejerce una influencia sobre las mismas). Lo interesante es que nos demos cuenta de que es en este ámbito donde los estudios sobre la construcción de naciones alcanzan toda su potencialidad explicativa de los mundos pasados. En el proceso de transición de los significados de *nación* propios de los patriotismos de Antiguo Régimen a la idea liberal, la religión, la monarquía, el debate sobre los caracteres nacionales y los contenidos e implicaciones de la ciudadanía constituyeron los temas principales sobre los que se libraron las batallas por la definición de la nación, incluyendo la española. Los historiadores de los procesos de construcción nacional pueden identificar otras *materias* para ese momento y periodos posteriores, como el género, la raza, la clase social, la lengua, etc.

Así, las líneas de fractura sobre las cuales puede surgir el conflicto nacional dependerán del contexto de cada momento y de qué manera está presente la nación en la vida de los individuos. Para mi investigación actual, donde se estudia una época de crisis imperial y profundas transformaciones sociopolíticas, las líneas de fractura con los que estoy trabajando, aparte del juego identidad/alteridad mencionado antes, son: el papel del espacio y percepción de regiones, territorialización de las identidades; peso y

48. Ferran ARCHILÉS, “Absència i persistència. L’estudi de la nació i el nacionalisme”, *Idem* (ed.), *La persistència de la nació: estudis sobre nacionalisme*, Catarroja-València, Afers-Universitat de València, 2015, p. 36 y ss.

49. John HUTCHINSON, *Nations as Zones of Conflict...*, pp. 77-113.

percepción del pasado, percepción de la historia y memoria de la nación; papel que se atribuye en la nación al rey (o equivalente) y a la religión; politización general de la identidad, nacionalización de ideologías y culturas políticas; definición y utilización de las ideas de pueblo y sociedad; existencia o no de referentes identitarios supranacionales y relación con la nación (como *civilización* u *Occidente*). Igualmente, hay que ser consciente que todos estos temas pueden dar lugar a identidades específicas que pueden ser más importantes que la nacional y establecer relaciones variables con ella, en función del sujeto y la situación concreta.

A la hora de ordenar la diversidad en narrativas nacionales, el territorio y su asociación con culturas que se entienden como *previas*, siguiendo un esquema de nación compuesta, puede parecer el criterio de división principal. En esta línea se han citado con frecuencia textos como el de Antonio de Capmany, quien en su *Centinela contra franceses* (1808) escribió: “Qué sería ya de los españoles, si no hubiera habido aragoneses, valencianos, murcianos, andaluces, asturianos, gallegos, extremeños, catalanes, castellanos, etc.? Cada uno de estos nombres inflama y envanece, y de estas pequeñas naciones se compone la masa de la gran Nación que no conocía nuestro sabio conquistador, a pesar de tener sobre el bufete abierto el mapa de España a todas horas. [...] ¡Españoles ilustres, provincias que os honráis con este timbre glorioso y que juntas formáis la potencia española y que, reduciendo vuestras voluntades en una sola, habéis para siempre invencible la fuerza nacional: unión, fraternidad y constancia!”⁵⁰. Sin embargo, todo lo que puede encajar en la categoría de lo *subnacional* (por lo demás difusa, cuestionable y un tanto tendenciosa) debe igualmente estudiarse desde una lógica no impositiva, sabiendo diferenciar lo que es la escala en sí de su traducción identitaria en arquitecturas específicas de imaginación político-cultural territorialmente jerarquizadas. Por ejemplo, ¿en ideas de nación compuesta, como la de Capmany, los componentes tienen formantes internos a su vez? ¿Ese nivel provincial a partir del cual el autor infiere identidades diferenciadas aparece de forma extendida en las conciencias del momento o es simplemente una proyección particular? ¿La estructura es concéntrica, como parece en el texto del catalán, o dual, adelantando una forma de *doble patriotismo*?

Además, a veces la voluntad de centrar el problema de la composición y la diversidad en una línea de fractura, en este caso territorializada, lleva a olvidar que para cierta época o sujeto las diferencias o conflictos más importantes provinieran de otra. Por ejemplo, a finales de 1814 la Universidad de Salamanca envió un informe a Fernando VII sobre la instrucción pública donde se afirmaba: “La Universidad preveía tiempo hace estos males y meditando profundamente en su remedio, no solo para la época presente sino para precaverlos en lo por venir, especialmente en una nación como la española, compuesta de tan diversas y lexanas provincias en ambos mundos, no halló otro más eficaz que el establecimiento de una educación pública absolutamente uniforme”⁵¹. Parecería un alegato a favor de la eliminación de diferencias culturales interterritoriales, pero una lectura completa del documento revela que la preocupación es de tipo político-ideológico. La uniformidad va más bien contra la *divergencia de ideas*, esto es, el disenso liberal respecto al absolutismo, no contra la diversidad cultural en sí.

50. Citado en Javier ANTÓN PELAYO, “Antoni de Capmany (1742-1813): análisis del pasado catalán para un proyecto español”, *Obradoiro de historia moderna*, 12 (2003), p. 41.

51. *Libros de claustros de la Universidad de Salamanca*, años 1813-1815, folio 197r.



La aplicación práctica de todo lo anterior según las coordenadas de investigación anunciadas y las propuestas de renovación a nivel teórico (lo nacional como proceso/acontecimiento de interacción) y de fuentes (ego-documentos), se ve obviamente mediado por el contexto y las problemáticas específicas de cada tiempo y lugar. En el caso de las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, se observa la conjunción de tres factores: la creación del sujeto moderno y de la idea de individuo, la transformación semántica de *nación* como *tribu*, grupo de nacimiento, a la de *nación* como sujeto colectivo dotado de agencia propia, rasgos e instituciones particulares que acabará dotado de soberanía. Las narrativas elaboradas en esta época muestran su carácter transicional en todos estos factores y las diferencias cronológicas en los procesos (los británicos son más tempranos que los franceses y estos que los hispanos y lusos). Igualmente, los conflictos se centran en torno a la calificación del adversario político (progresistas vs. conservadores; monárquicos vs. republicanos; liberales vs. absolutistas, etc), del *traidor a la patria* (como los *émigrés* en Francia o los afrancesados en España) y del supuesto compatriota en el que se reconoce una cultura claramente diferente (como los escoceses en la britanidad o los catalanes en la españolidad).

Las memorias suelen más ricas que los diarios en términos de elaboración, y estos más que las cartas, pero la potencialidad es inversa cuando se trata de reconstruir diacronías. Sea la fuente que sea, la aparición de los temas anteriores en las fuentes se sustancia de dos maneras: la nacionalización de la experiencia y la nacionalización del lenguaje. En el primer caso nos encontraríamos con las experiencias de nación en la línea de lo definido por Archilés: un episodio vital en el que la nación forma parte de la vivencia y/o la vivencia concretiza y actualiza la nación. Por ejemplo, cuando los soldados de las guerras revolucionarias y napoleónicas nos narran cómo la propia experiencia bélica (un combate, una ejecución, un asalto a una ciudad, etc.) reforzó o cuestionó sus concepciones del otro basadas en estereotipos previos (como el de franceses civilizados vs españoles brutalizados y dominados por la religión). En el segundo caso, el más común, la nación no está en el centro de nada en concreto sino que impregna la manera de hablar del mundo, formando parte del marco cognitivo asumido. Por ejemplo, cuando los individuos hablan de “volver a mi país”, “diferente a mi patria”, personas “de naciones diferentes”, o utiliza demonimos como “españoles”, “británicos” o “ingleses”. Aquí puede haber un riesgo de exceso de interpretación, pero el objetivo sigue siendo ver de qué manera lo nacional es para el sujeto una forma de *pensar el mundo* y de qué manera y con qué significado estas categorías son empleadas por los sujetos, incluidas en las prácticas cotidianas e instrumentalizadas para el conflicto político.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha sido el esbozar a partir de los problemas específicos de una investigación sobre las identidades nacionales española, francesa, portuguesa y británica a finales del siglo XVIII y principios de XIX una serie de reflexiones sobre la necesaria renovación de la historia de los procesos de construcción nacional. Para ello, nos hemos situado en la estela de los autores que apuntan hacia enfoques más socioculturales y menos exclusivamente políticos. El objetivo es investigar los fenómenos nacionales libres de metanarrativas creadoras de coherencias artificiales y teorías demasiado generales, teleologismos y simplificaciones poco respetuosas con las

huellas del pasado que hay que interpretar desde la honestidad y la libertad intelectuales, no desde la defensa de la causa nacional.

Una renovación significa en este sentido la asunción y consolidación de cambios a nivel de teorías, enfoques y temas, incluyendo una concepción fenomenológica de lo nación, el uso de ego-documentos y el estudio de los elementos de conflicto y no solo los de consenso. Como referente común debe estar la desnacionalización de la historiografía, lo cual no es lo mismo que arrojar a los historiadores hacia una nueva empresa, esta vez la deconstrucción de la nación. Un historiador desnacionalizado no tiene por qué ser antinacional. También sorprende la facilidad con la que algunos analistas son capaces de aplicar de manera entusiasta la crítica deconstructivista a ciertos fenómenos nacionales mientras que otros casos parecen inspirarles aceptación tácita o incluso simpatía contenida, cuando no clara implicación política. Ambos polos parecen demostrar la dificultad del camino intermedio y que pretender la posibilidad de abstraerse completamente del mundo contemporáneo y de hacer la historia de espaldas a un fenómeno que ha influido en millones de personas sería ingenuo.

Desde un punto de vista epistemológico, la postura del escéptico es mucho más interesante que la del nihilista o la del creyente. Mientras los dos últimos ya tienen una respuesta decidida, el primero guarda en sí preguntas que pueden llevarle de la insatisfacción a una mejor comprensión. Convertirnos en historiadores de procesos de construcción nacional y no de naciones, sirviéndonos de enfoques comparados, transnacionales, desde abajo y personales, centrándonos en la complejidad interna de los fenómenos nacionales y en la experiencia que los individuos tienen de ellos, en tanto que son sus verdaderos constructores, pueden ser vías exitosas para dar respuestas a estas preguntas.

